

Trabajo de recuperación: *Collage* de Eva
Materia: Lengua Castellana y Literatura
Alumna: Eva Pedrosa
Profesora: M.^a Soledad Santana

INTRODUCCIÓN AL *COLLAGE*

Una de las cosas que más me maravillan del mar es la forma en la que cambia continuamente. Por más que alguien lo contemple cada día, resulta imposible saber de qué forma se levantará la marea al día siguiente.

Creo que la vida es un poco como el mar. Resulta imprevisible y una puede perderse en él. El verano pasado yo no me habría imaginado que me quedaría Lengua para septiembre. Pero así ha sido.

Por suerte, Sole, has decidido no examinarme, porque te prometo que como me vuelva a estudiar lo del complemento directo con lo de «lo, la, los y las» me podría dar algo. A cambio me has propuesto que haga un *collage*. Te lo agradezco.

Cuando te pregunté qué era un *collage* me comentaste que era algo así como unir diferentes textos en un solo manuscrito, y que era algo que hacían los escritores de las vanguardias. Me dijiste que no se trataba de que

yo me pusiera ahora a escribir, sino de que reuniera cosas que ya había escrito o que habían escrito otros y que a mí me dijeran algo importante.

En este *collage* he reunido fragmentos de diarios, correos electrónicos y conversaciones de Messenger que tenía grabadas en mi perfil. Eso sí, las charlas de Messenger te las he traducido a cristiano, como dices tú, porque si las copiaba *kmo t sbes q ablamos x internet* seguro que me suspendes para siempre y no me titulo en la vida.

Espero que fuera a esto a lo que te referías cuando me dijiste que hiciera un *collage* sobre el último curso.

De: Eva Pedrosa Sierra
Para: Marta González Herrera (mgonher@hotmail.com)
Asunto: Llegada a Canarias o al infierno
Enviado el lunes 15 de octubre de 2007

No entendía a mamá, creo que ya eso te lo dije alguna vez. Siempre imaginé que se trataba de un problema de edad, ¿sabes? Y eso que no nos llevábamos demasiados años. Mamá tenía treinta y dos cuando murió, o mejor dicho, cuando se mató, porque eso fue matarse... y yo tenía sólo quince. Aunque puede que no se tratara de un problema de edad. Mis abuelos tampoco la comprendían. Ni siquiera la entendía mi tío, que es sólo dos años mayor que ella, o eso dijo cuando se enteró de cómo dejó ordenada su última voluntad.

Los abuelos llegaron muy enfadados a casa después de ir a ver al abogado, cuando ya todo había pasado. Fue la segunda vez que se enfadaron con ella desde que falleció. La primera fue cuando supieron que el accidente de tráfico fue culpa de ella: conducía demasiado deprisa y se salió en una curva cuando volvía a casa. Es extraño que te cuente esto ahora, porque lo cierto es que al día siguiente de aquello te vi en clase y no te dije nada. Me imagino que me he pasado los dos últimos meses muy callada. No me apetecía hablar de nada, parece que escribirlo sí puedo escribirlo, aunque me queden los e-mails enormes.

Lo que molestó tanto a los abuelos fue que mi madre dejó escrito que quería que yo viviera

con mi padre en Canarias en caso de que a ella le ocurriera algo. Y lo cierto es que ahí ya fuimos cuatro los que no comprendimos a mamá y también cuatro los que nos enfadamos con ella: el abuelo, la abuela, mi tío y yo misma.

La verdad, Marta, no sé qué cosas te he contado de mi padre y cuáles no. Nos conocemos desde siempre y por eso me imagino que algo tendrás que saber ya de él, aunque sea poco.

Como te debes imaginar, si te he hablado tan poco de Marcos Pedrosa es simplemente porque yo apenas sé nada de él. Sólo lo he visto en persona unas pocas veces en mi vida. Para mí, papá son llamadas de vez en cuando, unas pocas visitas y un regalo de cumpleaños y otro por Navidad todos los años. Casi siempre un diario o un libro. ¡Vaya cosa! Y no es que no me gusten los libros, pero no sólo me gustan los libros, ya me entiendes... Vale que sea profesor de Lengua, pero podría currárselo un poco más, ¿no crees? Y ya no te cuento lo del diario, como si no escribiera lo suficiente en el colegio también lo iba a hacer en casa...

Mamá no solía hablar de él, decía que apenas lo conocía, y mucho menos después de tantos años como habían pasado, sin embargo, ahora eso tiene menos sentido que nunca, porque no se entiende que me dejara a su cargo. Bueno, mi madre era así, en realidad nadie la comprendía.

Sea como fuere, Marta, en apenas algo más de dos meses, he pasado de vivir en un piso del centro de Madrid con mi madre a verme medio huérfana y subida en un avión que me llevaba a Gran Canaria, que es una isla tan pequeñita que apenas ni se distingue en los mapas del libro de Sociales, y que además no está en Europa sino en África, por más que pertenezca a España.

Han sido casi tres horas de viaje. Hasta habría menos distancia entre nosotras si mi padre fuera

francés o italiano. Si quieres comprobarlo, métete en Google Earth y revísalo, yo lo hice.

El avión salió a las diez de la noche de casa. Bueno, a las nueve en Canarias, porque ésa es otra, que en Canarias tienen una hora menos. Aquí todo empieza en la televisión una hora antes. Es como si el día se acortara, cuando menos me lo espero ya no me queda tiempo para hacer los deberes porque ya han empezado las series de la noche.

¡Qué raro es todo, Marta!

Llegué a Canarias con unas ojeras hasta la barbilla y totalmente despeinada de tantas vueltas como di sobre el respaldo de mi asiento buscando una posición cómoda para poder cerrar los ojos. Me resultó imposible.

Cuando crucé las puertas de salida de la sala de equipaje me encontré con una marabunta de gente que esperaba a sus familiares o amigos. No me costó reconocer a papá entre ellos, cualquiera lo hubiera dicho. Es un hombre alto, de casi metro noventa y muy delgado. Tiene el pelo negro y es muy moreno. Estaba allí esperándome con esos ojos grandes que tiene, que parece que no se le pueda escapar nada de lo que ocurre.

Mi padre y yo nos quedamos mirándonos un instante como pasmarotes. Parecía que ni siquiera supiéramos cómo saludarnos. Por fin él se dobló para besarme en la mejilla, pero como si alguien acabara de presentarnos. Lo cierto es que es algo parecido, yo no lo conozco ni él a mí. Dios sabe en qué estaba pensando mamá cuando dejó escrito que yo viniera a caer en sus manos si a ella le ocurría algo.

–¿Cómo estás, Eva? ¿Has dormido en el avión?
–me preguntó mientras tomaba mi maleta y comenzaba a andar. Yo lo seguí.

–No, no he pegado ojo.

–Pobre, habrá sido un viaje largo entonces.

-Sí, esto está muy lejos.

-¿Y tú cómo estás?

Papá y yo hemos hablado varias veces por teléfono desde el accidente, más de lo que lo habíamos hecho en todos estos años. Sin embargo, lo único que me preguntaba era si estaba bien y cómo lo estaba llevando. Yo no sólo no sabía qué contestarle, sino que además no quería contestarle nada, porque creo que no tiene derecho a hacerme ninguna pregunta. Jamás le he preocupado.

-Bien, bien -contesté con sequedad, como hacía siempre.

Luego, entre nosotros se instaló el silencio. Al fin y al cabo, ¿de qué hablarías tú con un hombre que te dobla la edad y al que apenas conoces?

Mi padre vive en una ciudad del sur de la isla que se llama Telde.

-Estamos prácticamente en el centro de Telde -me explicó mientras me abría la puerta de casa, como para consolarme por las manchas de humedad que acababa de ver en la fachada y porque parece que las viviendas que circundan la nuestra están deshabitadas o, peor aún, invadidas por ratas.

La puerta de la entrada de la casa da paso a un salón grande donde se encuentra una diminuta televisión y un arsenal de libros encerrados en estanterías acristaladas. Contra la única pared que no ocupan las librerías se aprieta un sofá de cuatro plazas.

Aparte del salón, la casa se compone de tres habitaciones, una cocina y un solo baño. Una de las habitaciones es para mí, otra es el estudio de papá y la última su dormitorio. Lo que peor llevo es tener un solo baño. Me he criado con un baño sólo para mí, esto es como viajar a la prehistoria de la comodidad. Mi única alegría ha sido descubrir

que en mi habitación me esperaba este ordenador con el que ahora te escribo. Papá tiene otro en su despacho, de manera que éste es sólo para mí, y tiene banda ancha, así que al menos podré hablar con vosotros por el Messenger, no estoy incomunicada del todo.

Un besote, desde el exilio...

Algar Editorial